



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12868

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor 24

SABADO 30 DE ENERO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La cuestión de la maestranza

Hoy no se ha trabajado en el arsenal. Los talleres han estado desiertos; las máquinas paradas; el ensordecedor ruido de volantes y tornos que a diario pregonan la vida de la industria oficial ha estado mudo, como si en vez de ser hoy día laborable, consagrado al trabajo, lo fuese propio para el recogimiento. Hoy comienza el Tesoro nacional a aborrazarse unas cuantas pesetas y hoy da principio á una economía imposible en el hogar obrero, en ese hogar donde jamás hubo abundancia y que de hoy en adelante será testigo mudo de angustias y dolores mucho más intensos de las que suele presenciar.

No, no se despide a nadie. Todos conservan el derecho a franquear la puerta del establecimiento cada una vez que suene la carraca; pero ¡ay! ese toque no se oirá a diario. Un día á la semana, mientras los obreros de las particulares industrias acudiran a sus trabajos, el obrero oficial se mantendrá en reposo, dedicado a la solución de un problema terrible: el de reducir un presupuesto de estrecheces apenas concebibles, en una sexta parte.

Si, el despido de obreros ha sido conjurado; no se despide a nadie. Todo ha sido resuelto mediante esta sencillísima fórmula:

Sobran 400 obreros que no encajan en la consignación de maestranza. Representan tal cantidad de hambre. Pues distribuyámosla entre todos á fin de que disfruten de ese beneficio.

No criticamos ¡qué hemos de criticar si la aplaudimos! la buena intención que ha guiado á los que en su deseo de no llevar á los ho-

gares la total miseria, han solucionado el asunto del mejor modo posible; mas conviene que sepa todo el mundo—y así pudiéramos explicarlo a toda España como nos es fácil explicarlo a los cartageneros—que esa solución es menos mala que echar cuatrocientos hombres a la calle, pero buena jamás.

Esa solución es y deba de ser pasajera y á que dure lo menos posible debe tender la labor de la junta. Lo piden la razón y la justicia y lo pide también un deber de humanidad.

La solución, esa solución que algunas personas aplauden, no como pasajera, sino por que con ella creen que se ha resuelto todo y quedarán tranquilos los trabajadores, representa una baja del diez y seis por ciento en el jornal obrero, baja enormísima que puga con el proceder de la generalidad de los patronos, que van concediendo ventajas de jornal y trabajo a los obreros que luchan por mejorar su vida en el terreno de la huelga.

La mayoría de los obreros de los arsenales del Estado entraron en ellos de aprendices. En sus talleres aprendieron el oficio. La disciplina les hizo obedientes. Jamás pidieron nada, ni disminución de horas de trabajo, ni aumento de jornal. En día no lejano, en que obedeciendo a las leyes de solidaridad proclamadas por la masa obrera se decretó aquí la huelga general, los vimos acudir sumisos al son de la carraca, sufriendo los insultos bo-hornosos de sus compañeros de fuera que les incitaban a holgar, sin lograrlo.

Cuando estaba la patria en peligro y se les ordenó que velaran, no durmieron; y cuando en la bahía de Manila y frente a Santiago de Cuba el hierro enemigo echaba a pique nuestros pobres barcos, ellos, los obreros de este departamento, lloraban, no ya por que eran españoles y les dolían las des-

venturas de la patria, sino por que una y otra vez y muchas veces habían rendido la jornada en aquellos barcos que se tragaba el mar.

Esos obreros lo merecen todo, el interés que por ellos se han tomado sus jefes, el que les ha demostrado el alcalde, las gestiones que en su beneficio practicará la junta permanente de defensa, la labor que realizan los periódicos...

Ellos no piden ni reclaman nada, resignándose con su triste suerte. Pero ante su actitud, y adivinando sus dolores, no fallara quien pida para ellos lo que es de razón y de justicia.

TIJERETAZOS

Dice «El Globo» que el mar permanece tranquilo ante el proyecto de reorganización.

Pues es raro, porque el proyecto sufre unos balances tan estrepitosos, que todo el mundo espera que se vaya á pique.

Y se irá, no lo dude el colega. Esas cosas no viven.

Leemos: «El gobierno actual quiere hacerse la ilusión de que va á gozar de larga vida y de que va á vencer todas las dificultades de la situación parlamentaria.»

Dejarlo. ¿No dicea que de ilusiones vive el hombre?

¿Pues por qué no han de vivir del mismo modo los ministros que son hombres como los demás?

Valiente labor la que se trae el ministro del Congreso!

Ese hombre aplica cada una de sus tijeretas á distinto oficio.

Como inspirador de «El Nacional» vapulea al Gobierno.

Como presidente de la Cámara lo ampara con la campanilla cuando lo ve seriamente acometido.

Como Romero Robledo anda á partir un piñón con Villaverde.

Y como diputado de Antequera... no sabemos qué hará.

Hombre más activo no lo hay en la nación.

El emperador del Sahara va á armar en sus dominios un par de batallones.

Y va á confiar el mando de ellos á un general yanqui, que cultiva sus ociosos guerreros, en Londres, desempeñando las modestas funciones de agente de una fábrica de fonógrafos.

Para tal emperador tal general.

Como los batallones tendrá que nutrirlos con hijos del país y son salvajes que habrá que castrarlos con lazo, llévase un fonógrafo para domesticarlos con música.

Esta diplomacia es de oro puro. Cuando parece que va á decir algo, suelta un geroglífico.

Aquí va eso, compuesto por el Sr. Douglas, secretario del ministerio del Interior de Inglaterra, para que lo descifren los ciudadanos de Swansea:

«El Gobierno británico continuará trabajado para evitar la guerra en el Extremo Oriente; pero si á pesar de sus esfuerzos estallara la guerra, la Gran Bretaña cumpliría entonces todos sus compromisos y deberes para con sus aliados.»

¡Cuyos son esos deberes y esos compromisos!

La copa de cerveza de que hablaba Maura tenía dos dedos de líquido y lo demás de espuma; pero eso que ha dicho el ministro inglés no tiene ni gota.

Cualquiera se entera por esa explicación de lo que hará la Gran Bretaña si estalla el conflicto ruso-japonés.

EL OBISPO DE CARTAGENA

Las noticias que á nosotros llegaron cuando fué designado para ocupar la Silla de San Fulgencio al señor Alonso Salgado, no le dio plena satisfacción.

Varón tanto, de talento claro y fácil palabra, se hace admirar de todos.

Su actividad extremada y desmedido celo por todo cuanto se relaciona con su elevado cargo, son prenda segura de que su pontificado en la Diócesis de Cartagena ha de ofrecer óptimos frutos.

Queriendo conocer personalmente todas las necesidades de su obispado, se halla practicando la Santa Pastoral visita.

Es incansable en el cumplimiento de sus deberes, y por eso exige á todos sus subordinados que también cumplan con ellos en bien de la religión católica.

En cuanto á dotes de elocuencia, el Obispo de Cartagena las posee en alto grado.

Lo mismo en su primera Pastoral, que mañana será leída á los fieles, que en sus discursos de estos días, son compañeras inseparables de su palabra y de su pluma las dotes y galas de un estilo fácil, espontáneo y correcto, iluminado con figuras de elocución y con frecuencia brillantes.

Está en la impresión general que con satisfacción consignamos.

Cartagena debe felicitarlo de tener un Prelado tan eminente, tan culto y tan activo y celoso en el cumplimiento de su sagrado ministerio.

Gratísimo ha de ser el recuerdo que el señor Alonso Salgado nos deje de su santa pastoral visita; pero tenga la seguridad que cuando regrese á su palacio de Murcia, ha de llevarse consigo el cariño y respeto de los Cartageneros, que no han de olvidar nunca á su virtuoso y sabio Prelado.

Dios haga que por muchos años rijan los destinos de la Silla cartagenera, el Excelentísimo é litmo. Sr. D. Vicente Alonso Salgado.

RAZAS DEGENERADAS

Al presente no hay guerras, pero se suceden las catástrofes.

Puentes que se hunden, teatros que arden, ferrocarriles que se precipitan al abismo, aros de la muerte, ciudades que se incendian, toda una serie de invitaciones al vals supremo del desequilibrio que tiene su fin y remate en lo trágico.

Lo temerario que en las antiguas edades producía héroes, hoy determina víctimas, que para llenar el bolsillo de explotadores colectivos ó individuales, se lanzan audazmente á todas las aventuras.

Un puente que se hunde ha ocasionado gastos de entretenimiento y conservación á la empresa que lo explota; un teatro que arde, ha enriquecido á la compañía que suministró, para aumentar, sus ganancias, las garantías de seguridad; un ferrocarril que se precipita al abismo es un material de desecho que se va sólo al pudridero; el aro de la muerte, que se revela contra la mecánica es un manantial de riqueza que interrumpe momentáneamente su exuberante producción... pero la sangre sigue corriendo á borbotones, sin que las conciencias honradas se subleven.

LOS BANDIDOS INDIOS

212

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 212

Á mis angustias... He dejado á Mr. Burtell en un estado tan peligroso... temía... Uno de mis chowp rses me ha dicho que había visto caer del caballo y quedar como muerto. Aunque hubiera sido un extraño no podía dejar morir así... He vuelto. Pero ¿dime le has visto?... ¿No respondes?... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Carolina!... ¡Oh! ¡ha muerto!

—En nombre del Cielo cálmate Cecilia... Mr. Burtell vive.

—¿Conoces en Pultaghari alguna que tenga ese nombre?
—Miss Tyldey.
—¿Quién es miss Tyldey?
—La hermana de mi señora.
—¿Es bella?
—Sí.
—¿Es la querida de ese oficial?
—No se... Ellos se paseaban muchas veces juntos.

—¿Está un Pultaghari?
—No, ha partido esta noche.
—¿Para qué sitio?
—No se... esperad ved aquel palanquin que vuelve; se diría que era el suyo.

En efecto era el palanquin de Cecilia que los bearers traían á toda prisa.
—El cochero de mistress Tarlesby lo vió de lejos y lo advirtió á su señora que acababa de montar en el coche al lado de Burtell. Esperando una nueva desgracia, Carolina bajó precipitadamente y corrió al encuentro de su hermana.

—¿Que te ha sucedido? ¿por que vuelves? exclamó Carolina abrazando á Cecilia que ocultó en el seno de su hermana su rubor y sus lágrimas.

—Perdoname Carolina... pero no he podido resistir

XLIV

Un horizonte amenazador

En el mismo instante el carruaje se detenía delante del oficial. Mientras Tarlesby descendió precipitadamente y se lanzó á Burtell exhalando una exclamación de miedo y compasión.

Quiso coger la cabeza del jóven; pero Teitza la rechazó bruscamente. Esta acción era tan extraordinaria en una mujer de color al frente de una europea que mistress Tarlesby quedó estupefacta. Llamó al criado que seguía al coche y le ordenó transportar á Burtell al palanquin.